

LA RESILIENCIA SOCIOECOLOGICA EN LOS ECOBARRIOS. UNA MIRADA PSICOSOCIAL.

Autor: Carlos Arango Cálad¹. Psicólogo. Email: carlosarango68@gmail.com

Cuando nos preguntamos por nuestra capacidad como comunidad humana para enfrentar los problemas del calentamiento global, vemos la necesidad de concretar este planteamiento en sus dimensiones prácticas y desarrollar conceptos adecuados para tematizar este problema. Esto implica comprender las relaciones entre un conglomerado humano específico y el ecosistema donde habita. El caso de los ecobarrios es un ejemplo de ello. Para esto requerimos de un lenguaje que nos permita tematizar las diversas dimensiones del fenómeno. Estudiaremos las relaciones entre el prefijo eco, que se refiere en este caso al contexto natural y el término barrio que corresponde al conglomerado humano que lo habita de una manera particular. El propósito de este artículo es explorar las diversas dimensiones y procesos que podríamos tener en cuenta en la comprensión de lo que sería ese conglomerado humano y establecer algunos criterios prácticos que hagan posible su fortalecimiento frente a los problemas ambientales que se le presenten. A este fortalecimiento le llamaremos resiliencia.

En primer lugar entendemos el proceso de la vida en los ecobarrios como una totalidad. Se trata de mirar la vida desde una perspectiva integral, es decir como un proceso en el que todas las dimensiones están relacionadas entre sí. De nada nos sirve centrarnos en un elemento aislado desconociendo las otras dimensiones. El problema del calentamiento global como expresión del deterioro generalizado del equilibrio ambiental, nos obliga a adoptar una mirada integral donde se reconozca la realidad de la vida en toda su complejidad.

Por ello adoptamos el enfoque holístico, que podría resumirse en la afirmación: “El todo es más que la suma de las partes”. Esta afirmación proviene de la psicología de la Gestalt donde se demuestra que todos los fenómenos perceptuales responden a un principio de autoorganización interna de los organismos y que este fenómeno no puede inferirse de la sumatoria de estímulos que acompañan el mismo. (Koffka, 1973)

El fenómeno de la vida debe ser entendido como una totalidad y no puede reducirse a los análisis fragmentados propios de las ciencias experimentales centrados en variables y factores. Se requiere todo un cuestionamiento epistemológico de las formas del conocimiento atomístico y la adopción de un enfoque que reconozca la capacidad de autoorganización de la vida y respete los procesos que le subyacen.

No es a partir de los elementos que accedemos a comprender la totalidad sino a partir de entender las maneras como estos elementos se relacionan y organizan entre sí que podremos reconocer los procesos que la hacen posible (Watzlawick, 1981).

El enfoque holístico se desarrolló posteriormente hacia la perspectiva sistémica, donde para comprender una situación, debemos estar contextualizados en el sistema de las relaciones en las que se encuentra configurada dicha situación (Bateson, 1972). Es desde la perspectiva sistémica que

¹ Cómo citar: Arango, C. (2020). La resiliencia socioecologica en los ecobarrios. Una mirada psicosocial. Biblioteca de Psicología Comunitaria, Expedición Psicosocial Colombiana. Disponible en <https://colombiapsicosocial.com/wp-content/uploads/2020/10/ECOBARRIOS-Y-RESILIENCIA-SOCIOECOLOGICA.pdf>

adoptamos el concepto de ecobarrio donde se cruzan las relaciones entre el ecosistema y el sistema social.

Entendemos el ecosistema como el conjunto de las relaciones e interacciones existentes entre los seres vivos con su ambiente en determinadas condiciones. El ecosistema es un sistema biológico constituido por una comunidad de organismos vivos (biocenosis) y el medio físico donde se relacionan (biotopo). (<https://www.biodiversidad.gob.mx/ecosistemas/quees.html>)

También se puede asumir que un ecosistema consiste de la comunidad biológica de un lugar y de los factores físicos y químicos que constituyen el ambiente abiótico». (Odum, 1971). Vale la pena anotar aquí, como se presenta el concepto de comunidad entre todos los seres vivos, lo cual debemos retomar cuando hablemos de comunidad entre humanos.

Por otra parte entendemos el sistema social como el conjunto de las relaciones e interacciones existentes entre los seres humanos en un contexto determinado. Enfatizamos que el sistema social no es el conjunto de personas, sino fundamentalmente las maneras como estas se relacionan entre sí. Estas relaciones están determinadas por normas, valores, reglas, proyectos, leyes, creencias, etc. En función de estas se establecen roles y se construyen grupos, organizaciones e instituciones sociales.

Finalmente cuando hablamos del ambiente nos estamos refiriendo a la mirada conjunta del ecosistema y del sistema social. Esta podría resumirse como el sistema socio ecológico SSE.

La capacidad del ambiente o del sistema socioecológico para resistir o absorber impactos bruscos o constantes es reconocida como resiliencia socio ecológica. Un sistema resiliente mantiene los elementos fundamentales de su estructura y función a través de una re-organización, de aprendizajes y de adaptaciones a las nuevas circunstancias (Balvanera y cols. 2017). Retomando a estos autores identificamos tres principios que nos permitirán describir y actuar sobre los procesos de la resiliencia: La diversidad, la conectividad y la retroalimentación.

Cada uno de estos tres principios debe poderse describir de tal manera que se puedan identificar sus componentes, unidades o elementos, a partir de criterios observables que se puedan llegar a medir o comparar unos con otros. A esto se le llama que puedan ser mapeados y evaluados.

Veamos algunas posibilidades de identificación de estos principios:

La diversidad: Se refiere a los diferentes elementos o componentes que entran en relación en un sistema determinado. A mayor diversidad entre los elementos aumenta la posibilidad de adaptación a potenciales disturbios y aumenta las opciones y mecanismos disponibles.

En el caso del ecosistema podemos hablar de diversidad de suelos, climas, formaciones geológicas, así como de la diversidad de especies de flora o de fauna. Un territorio ocupado por un monocultivo es fácil presa de las plagas y tiene poca capacidad para enfrentar cambios de diferente orden.

En el caso del sistema social podemos hablar además de diversos actores, grupos culturales o instituciones, así como de diversos sistemas de conocimiento, de ideas y perspectivas. Diversos sistemas de organización social que conviven democráticamente hacen más adaptativo al grupo humano para enfrentar situaciones imprevistas.

La conectividad: La manera como los diferentes elementos que hacen parte de un sistema se relacionan entre si nos permite identificar como están conectados unos con otros. La conectividad se refiere a las interdependencias o dependencias entre las diferentes partes y elementos de un SSE. Algunos elementos se relacionan entre sí formando agrupaciones particulares y estas igualmente se pueden relacionar con otras agrupaciones y por el contrario distanciarse de ellas. Hay tipos de plantas que se asocian a tipos de animales conformando nichos ecológicos particulares. Hay grupos humanos que se relacionan con otros grupos u organizaciones, o se encuentran asociados a ciertas especies de fauna o de flora. Se trata de identificar los elementos que están conectados entre sí al interior de un sistema y la intensidad con la que están conectados. ¿Cómo se da la interacción entre los actores o grupos que interactúan? ¿Cuál es la "fuerza" de tales interacciones? Se trata entonces de identificar interacciones entre elementos, formas de agrupación y organización y relaciones entre individuos, grupos y organizaciones. La difusión de ideas y estrategias depende de estas interdependencias.

La retroalimentación: La capacidad de auto-organización y autoevaluación, a través de la reflexión dialogada y crítica sobre las interacciones entre los componentes del sistema, son la vía para el fortalecimiento del sistema. Los patrones de retroalimentación son el atributo más importante de la resiliencia. La retroalimentación, es la fuerza regidora de todo sistema en particular. En la medida en que los diferentes actores o elementos del sistema realicen actividades para evaluar la eficacia de las acciones, para analizar los resultados de las mismas, para planear nuevas acciones, para explorar varias alternativas y elegir concertadamente las mejores opciones, en esa medida se podrá inferir la fuerza del proceso y de la organización. La retroalimentación debe hacer parte de cada una de las etapas del proceso.

Con estos conceptos sobre los sistemas y sus formas de fortalecimiento vamos a acercarnos a su aplicación en las experiencias de los ecobarrios.

De acuerdo a la formulación propuesta por la Mesa de Ecobarrios de Cali, un ecobarrio es una "Comunidad residente en un territorio urbano, reconocido administrativamente como barrio, comprometida con la construcción de una relación armónica con su entorno, a través del desarrollo de criterios urbanísticos, arquitectónicos, espirituales, sociales y culturales, económicos y ecológicos medibles." (Mesa de ecobarrios Cali, 2018)

La adopción de esta definición es el resultado de un amplio debate donde hemos podido profundizar respecto del sentido de algunos términos.

Explorando la definición institucional colombiana del término barrio nos encontramos que de acuerdo con Gil (2012) <Un barrio, es la subdivisión administrativa de una comuna o del área urbana de un municipio, y se puede definir como una "unidad urbanística identificable, un sistema organizado de relaciones a determinada escala de la ciudad y el asiento de una determinada comunidad urbana" (Buraglia, 1998). El barrio posee unos límites identificables a partir de cambios morfológicos o espaciales o a través de la percepción de sus habitantes; coincidiendo en ocasiones con accidentes geográficos, bordes naturales o barreras creadas, que definen un territorio específico. Un barrio suele tener identidad propia ya sea por tradición, o por sus características urbanísticas o por su proceso de creación, y sus habitantes cuentan con un sentido de pertenencia que los diferencia de los barrios vecinos>.

En primer lugar nos encontramos con que un barrio es una unidad urbanística creada por razones administrativas a partir de las cuales se delimita un territorio perteneciente a una comuna y a un municipio. El barrio es un territorio de la zona urbana lo que lo diferencia de la zona rural, de las veredas y corregimientos y como tal se refiere a los espacios, calles, viviendas y edificaciones y a la infraestructura de servicios prestados a sus habitantes.

En segundo lugar es un sistema organizado de relaciones entre las personas que habitan este territorio. Gil menciona algunas dimensiones de orden psicosocial con respecto a este sistema, tales como la percepción de sus habitantes, el sentido de pertenencia o identidad, o su carácter de comunidad. Y enuncia algunos procesos causales tales como la tradición, la transformación del espacio por sus formas de habitar, por la creación de barreras y estrategias de diferenciación de otros barrios.

De acuerdo a una revisión realizada por Tapia (2015) la definición clave consensuada por los sociólogos de un barrio debe entenderse como “la base de la cohesión y capital social y como el lugar de la comunidad local”. “Una comunidad se caracteriza por ser una unidad conformada por una organización social en una localización específica, donde la gente encuentra los medios para vivir, pero en la que también se genera una identidad y un sentido de pertenencia”. Tomando en cuenta estas características principales, el barrio se entiende entonces como una comunidad en el pleno sentido del concepto en tanto es “una pequeña zona ocupada por un número limitado de gente que vive en una proximidad cerrada y en contacto frecuente, un grupo primario cara a cara”. De hecho, Burgess (1984: 147) llega a homologar el concepto de comunidad al de barrio al afirmar que “el barrio o la comunidad es el resultado de tres tipos de influencias: las ecológicas, las culturales y las políticas”(Tapia, 2015).

Cuando asumimos que un barrio es “la base de la cohesión y capital social” podemos reconocer que la manera como está construido o delimitado el territorio es un punto de partida o una condición de posibilidad para que allí se construyan procesos de cohesión social a partir de reconocer al conjunto de personas como un capital social; sin embargo al plantear que el barrio es “el lugar de la comunidad local” podemos caer en el error de presumir que en todo barrio ya existe una comunidad establecida o un grupo de personas que se comportan como una comunidad, con lo cual desconocemos las diversas maneras de expresión y existencia de una colectividad y corremos el peligro de ignorar y desconocer lo que significa ser comunidad así como las potencialidades que un grupo humano puede tener como “capital social” o como comunidad, a la vez que no comprenderemos por qué podemos fracasar al asumir sin un conocimiento que lo respalde que los habitantes de un barrio sean una comunidad o unidad cohesionada. Exploraremos algunas de esas diversas maneras de configuración de las colectividades.

Un conjunto de personas que viven en un mismo territorio no constituye por sí solo una comunidad. Si nos referimos a las personas que habitan en un barrio, no podemos suponer que contamos con un grupo humano completo o cerrado en sí mismo. El territorio del barrio como contexto interactivo, no nos permite pensar de una manera sencilla en las relaciones entre las personas que lo habitan. Por el contrario, nos encontramos con múltiples personas que aunque habiten en un mismo territorio, tal vez ni se conocen entre sí. Algunas conocen a algunos de sus vecinos y más allá de ello no se relacionan con otros habitantes del mismo barrio. Adicionalmente el barrio está inscrito en la vida de la comuna y de la ciudad, y sus habitantes están en comunicación con otras

personas quizá de manera más personal e intensa a través de los medios de comunicación y las nuevas tecnologías. Algunas actúan organizadamente alrededor de ciertas actividades culturales o espirituales como la vida en un parque, las ceremonias religiosas u otras actividades culturales. Otras solamente van a sus casas a pasar la noche. En fin nos encontramos con un conglomerado humano que se encuentra atravesado por dinámicas que en un momento dado pueden favorecer el encuentro y la comunicación, y/ o por dinámicas que favorecen el aislamiento y la atomización o el individualismo. Estas fuerzas o dinámicas pueden coexistir simultáneamente por lo que se hace necesario reconocer y asumir la complejidad del problema.

Por estas razones adoptamos el enfoque sistémico que nos permite reconocer, por una parte, el conglomerado humano o la colectividad como un conjunto de individuos diversos que habitan un territorio, y por la otra, identificar las diversas categorías de contextos interactivos que hacen parte de la vida cotidiana, así como otros contextos interactivos que responden a otras dinámicas como pueden ser la vida comunitaria, las practicas institucionales, las prácticas culturales, religiosas, deportivas, etc. Este enfoque sistémico debe ser complementado además con una mirada psicosocial que nos permita recrear la conectividad, es decir, reconocer y diferenciar las formas de vinculación o de relación entre las personas así como las maneras como ellas viven o crean una situación particular.

La comprensión psicosocial nos permitirá tematizar las relaciones existentes entre una serie de personas que conforman una colectividad o conglomerado humano, donde se dan formas de relación diversas, las cuales no necesariamente se corresponden con el actuar comunitariamente. Haremos un acercamiento al significado y proceso que puede dar lugar a la conformación de una comunidad, de tal manera que podamos establecer algunas categorías que nos permitan comprender la diferencia existente entre una serie o conjunto de personas y una comunidad propiamente dicha, así como enfocar la comprensión de las condiciones que permiten dar el paso de lo uno a lo otro.

Comprender psicosocialmente una situación, es reconocer en primer lugar que la realidad con la que nos encontramos es un sistema relacional. Nos referimos a un conjunto de personas que se encuentran en un contexto delimitado y que se relacionan o interactúan entre sí. La comprensión de las relaciones entre esas personas y la caracterización de dichas relaciones o interacciones es la clave para asumir que se ha comprendido psicosocialmente la situación creada. (Arango, 2018) En segundo lugar es necesario reconocer que como producto de esas relaciones o interacciones se ha creado una situación o se ha construido una realidad. Es en este sentido que se afirma que toda realidad es una construcción social que es producto de las relaciones o las interacciones entre las personas involucradas en ella (Berger y Luckman, 1968). En el análisis psicosocial se busca comprender o interpretar una realidad en función del sistema relacional o interactivo que le ha dado origen y el proceso a través del cual llegó a construirse o crearse esa situación, como un paso previo para que las personas que se encuentran en esa situación puedan plantearse la posibilidad de su transformación en una situación o realidad diferente, de acuerdo con su experiencia, sus valores, su historia y sus anhelos de construcción de una forma de vida diferente. Desde este punto de vista se espera que los actores se involucren en un proceso de retroalimentación, accedan a desarrollar una perspectiva crítica sobre su situación que les permita plantearse el problema de su génesis, de su mantenimiento o de su transformación.

Otro elemento fundamental para comprender psicossocialmente una situación, consiste en reconocer que la situación solo puede comprenderse desde el punto de vista de la percepción de las personas que la están viviendo. Una situación está definida por el significado que las personas que la viven le atribuyen a la misma. Igualmente, el significado de las relaciones o interacciones entre las personas depende de la manera como una persona se percibe a sí misma y como imagina que es percibida y juzgada por los demás. El lenguaje que la persona utilice para nombrarse y juzgarse a sí misma o sentirse nombrada o juzgada por los demás, se expresa simbólicamente y estos símbolos son los mediadores entre las relaciones o interacciones humanas. De aquí surge el Interaccionismo simbólico como enfoque que dio origen al pensamiento psicossocial. (Cooley,1902, Mead,1934, Blummer,1969) que posteriormente se ha desarrollado en otros acercamientos teóricos como la fenomenología social (Sartre,1963; Laing y Cooper, 1973), la etnometodología (Garfinkel,1967), el enfoque de escenarios (Goffman, 1971), la teoría sistémica (Bronferbrenner,1987), la teoría crítica (Habermas,1987; Fernández,1987), la psicología de la liberación (Martín-Baro,1987), el construccionismo social (Berger y Luckmnan, 1968; Gergen, 1996) y la psicología cognitiva (Vigotsky,1995) entre otros.

Una vez aclarado lo que implica acercarse psicossocialmente a un grupo humano y su situación, lo que resta es llegar a comprender el sistema relacional como tal y al interior del mismo los niveles y formas de organización existente entre los actores.

Por lo tanto el problema de la transformación de barrio en ecobarrio implica desde el punto de vista del sistema social pensar los pasos que el conglomerado social de una colectividad puede dar para llegar a ser una comunidad autoorganizada alrededor, en este caso, de mejorar sus relaciones con el ecosistema. Pero desde el punto de vista psicossocial, la colectividad está conformada por personas o individuos con capacidad de reflexionar sobre sí mismos, autoconscientes, que deciden libremente como se relacionan consigo mismo y con los demás.

Cada individuo es un centro de regulación consciente de sus relaciones consigo mismo y con los demás. Por lo tanto, para pensar en las relaciones que conforman el sistema humano y biológico, debemos acudir en primer lugar a la capacidad de cada persona de darse cuenta de sus circunstancias y de regular o decidir conscientemente cómo adopta maneras de relacionarse consigo mismo, con los demás y con el ecosistema.

Desde este punto de vista, el punto de partida para el fortalecimiento del sistema socio ecológico consiste en que cada uno de los actores o personas que lo habitan revisen de qué manera se asumen consciente y reflexivamente frente a la situación y frente a los demás.

En todo sistema de relación entre dos personas “cada persona puede adoptar dos formas de acción fundamentalmente diferentes. Cada persona puede proceder según su propia experiencia, o según la experiencia de la otra persona, y no existe dentro de este sistema ningún otro tipo de acción personal posible. Es decir que mientras consideramos la acción personal de yo a yo o de yo a otro, la única forma posible de proceder es de acuerdo con la propia experiencia o con la experiencia del otro.”(Laing, 1971, pag 31)

De aquí se deriva el primer acto político de empoderamiento comunitario frente al territorio, el hacerse responsable de sí mismo: “Si uno se define a sí mismo en función de las atribuciones de

otros, nunca sabrá que terreno pisa. Sólo descubriendo el genuino, único y singular sitio donde se encuentra uno en soledad puede uno averiguar qué terreno pisa” (Cooper, 1975. Pag 130).

A partir de aquí nos encontramos con la manera en que asumamos la relación con el otro. Existen dos maneras de asumir la relación con el otro. Reconociéndolo como un instrumento u objeto para satisfacer alguna necesidad o reconociéndolo como un semejante. Así se nos presenta el panorama de las relaciones humanas que están basadas en la reciprocidad o la negación de reciprocidad.

Todos los seres humanos somos interdependientes. El otro es un medio para realizar mis necesidades. Yo soy un medio para que el otro realice las suyas. Desde esta perspectiva todos somos instrumentos de los demás y podemos ser mirados como objetos, como extraños, como desconocidos. En la negación de reciprocidad yo me niego a ser un medio para que el otro se realice y se genera lucha y conflicto. En la afirmación y el reconocimiento de la reciprocidad podemos colaborar entre extraños para que se puedan realizar algunas necesidades. En este tipo de acciones se encuentran los colectivos, los conglomerados o las series.

Jean Paul Sartre propone el concepto de la serie para entender las actividades colectivas donde nos relacionamos entre desconocidos o extraños. Un colectivo se entiende como una estructura social de carácter serial, donde las personas se relacionan entre si frente a un objetivo común que actúa como el objeto serial que determina el comportamiento del colectivo (Sartre, 1963). Por ejemplo las personas que hacen fila para esperar el autobús, o para abordarlo siguen las reglas del comportamiento ciudadano, ocupando los asientos del bus de acuerdo al orden de llegada. Es un comportamiento ordenado, que permite las relaciones entre desconocidos, como buenos ciudadanos, de acuerdo a los principios seriales impuestos por el artefacto o instrumento serial, el autobús. De la misma manera se entenderían múltiples actividades colectivas entre extraños. El asistir a un cine, a un partido de futbol, realizar compras en el supermercado, o el comportamiento callejero.

La ausencia de reciprocidad entre las personas desconocidas que se colaboran unas a otras para realizar sus necesidades, es lo característico de gran parte de las actividades colectivas propias de la vida cotidiana de un barrio. La negación de reciprocidad puede llevar a conflictos y enfrentamientos.

Hablamos de un colectivo serial cuando las personas no se conocen ni se reconocen, se relacionan como extraños a partir de reglas de convivencia basadas en principios seriales. En este caso las personas son intercambiables entre sí y hay una relación instrumental con el otro.

Sin embargo, suelen acontecer situaciones en que repentinamente se rompe la serialidad. El autobús se estrella o se estalla una llanta, se declara un incendio en el espacio público, etc. En estos momentos todos los extraños se reconocen mutuamente frente al peligro y se dan cuenta que a través de la solidaridad y la ayuda mutua podrían superar la situación de emergencia. Ahora todos están dispuestos a actuar creativamente ayudándose unos a otros para salvarse. Esto es lo que Sartre llama el grupo en fusión, donde todos son interdependientes y solidarios.

Ante una situación de emergencia se rompe la serialidad, se reconoce al otro como un semejante y surge el sentido de la solidaridad y la ayuda mutua. Ante el peligro inminente y colectivo la ayuda mutua es el principal recurso de sobrevivencia. Comienzan las relaciones de interioridad donde se

reconoce al otro como semejante. Una vez superada la emergencia se abre la posibilidad del diálogo y el interés por conocerse mutuamente.

En este punto ya se plantea la existencia del grupo como una categoría que se opone a la serie. La principal diferencia entre el grupo y la serie se refiere a la calidad de las relaciones entre las personas del colectivo. En el grupo se dan relaciones de interioridad y en la serie relaciones de exterioridad.

En las relaciones de interioridad yo reconozco al otro como un semejante, como alguien igual a mí, que posee similares necesidades y temores. Reconozco que el otro es un ser humano, con características únicas que lo hacen irremplazable y construyo con él el sentido de la humanidad. Al reconocer al otro como un ser humano, me reconozco a mí mismo como tal e introduzco la valoración que da lugar al respeto mutuo y al sentido de la dignidad humana. Aparece aquí la dimensión afectiva de las relaciones sociales que es lo que hace que estas sean relaciones humanas. Tal como lo retoma Maturana:

“Es en la dimensión afectiva, o más precisamente es “en el amor donde se funda el fenómeno social. Biológicamente hablando, el amor es la disposición corporal para la acción bajo la cual uno realiza las acciones que constituyen al otro como un legítimo otro en coexistencia con uno. Cuando no nos conducimos de esta manera en nuestras interacciones con otro, no hay fenómeno social. Cada vez que uno destruye el amor, desaparece la convivencia social” (Maturana, 1991).

Por contraparte, en las relaciones de exterioridad, el otro es solamente un instrumento para realizar mis necesidades, es un objeto extraño y no me preocupa ni concierne su devenir. Cualquier otro puede ser reemplazable o intercambiable.

A partir de aquí podemos establecer una diferencia significativa entre lo que son las relaciones sociales y las relaciones humanas propiamente dichas. Las relaciones sociales pueden ser meramente instrumentales, mediadas por un interés y unas reglas de comportamiento. En las relaciones humanas hablamos de la dimensión afectiva, del sentido del nosotros, y del compromiso social en la construcción de un futuro común. En las relaciones sociales de carácter serial identificamos entonces los procesos de alienación, mixtificación y conflicto donde tematizamos muchos fenómenos sociales como indicadores de deshumanización. Entre ellos el problema del calentamiento global se plantea como un problema generado por la tecnificación de la sociedad (serialidad) y de pérdida del vínculo entre el ser humano y la naturaleza.

Una vez aclarada la diferencia entre la serie y el grupo podemos hacer un seguimiento a las diversas maneras como las colectividades pueden ir derivando en procesos comunitarios.

A partir de una situación de emergencia identificamos la posibilidad de que un colectivo serial experimente la transformación en un grupo en fusión. Esto puede ser identificado desde el encuentro entre dos personas, en un pequeño grupo, en una colectividad más amplia y llegar a adquirir dimensiones a nivel de multitud.

Describiremos a continuación algunas de las modalidades de conformación de los grupos, lo que nos va a permitir contar con algunas categorías para hacerle seguimiento y análisis a los procesos comunitarios.

Una vez superadas las condiciones de emergencia o excepcionalidad que dio lugar a la conformación de un grupo en fusión, un enamoramiento de pareja o un encuentro festivo, un taller vivencial, un programa académico, etc., se puede anticipar el peligro de caer nuevamente en la serialidad. Surge entonces la iniciativa de continuar juntos sobre la base de un juramento o compromiso oficial. Surge así el grupo juramentado, el matrimonio como institución, la promesa de fidelidad y la autorización para el mutuo control ante el incumplimiento de lo pactado. La amenaza de expulsión del grupo, de la familia o de la secta. Lo que antes estaba unido por un vínculo creativo de amor, afecto y solidaridad, ahora está unido por acciones mutuas de coacción y control.

En el caso de que el grupo en fusión emerja alrededor de la solución de un problema en común, puede darse la experiencia del aprendizaje en la solución práctica de un problema viéndose las ventajas de actuar solidariamente alrededor de un objetivo común o una meta. Surge así el proyecto de grupo como nuevo objeto alrededor del cual se relacionan los miembros. Este proyecto grupal puede irse organizando progresivamente hasta el punto en que se llegan a reconocer las habilidades específicas y diferentes de los diversos miembros, y se van creando los roles complementarios que dan lugar al trabajo en equipo. Surge así el grupo organizado alrededor de una tarea o alrededor de un proyecto en común.

La construcción participativa de un proyecto de acción en común es hasta el momento la mejor estrategia para desarrollar el sentido de comunidad. Una experiencia real de cómo se construyó un plan de desarrollo integral de un barrio puede encontrarse en Arango (2006). Allí puede verse la metodología adoptada inspirada en la Investigación- Acción – Participativa. Una metodología general para impulsar los procesos de los ecobarrios puede encontrarse en el documento base de la Mesa Municipal de ecobarrios de Cali (Mesa e Ecobarrios, 2018).

En la medida en que exista un proyecto común, en que todos los miembros del grupo hayan participado, existe una mayor posibilidad de que el proceso comunitario se consolide y fortalezca. Para que haya proceso comunitario se requiere entonces que exista un objetivo común, compartido por todos los miembros del grupo, y que exista la vinculación afectiva en el desarrollo de las relaciones entre los miembros del grupo. Se puede entonces hablar del sentido comunitario, o sentido de comunidad, que implica sentido de pertenencia y corresponsabilidad.

Ahora bien. Una vez que las tareas se han sistematizado y ya no dependen de la creatividad y el compromiso de alguien en particular, esta persona puede ser reemplazada por cualquier otro. Es en este momento que el grupo organizado se convierte en una institución. En la institución los procesos creativos son reemplazados por procedimientos técnicos y pueden ser ejecutados por alguien que solamente posea las habilidades técnicas correspondientes. Cuando los miembros del grupo pueden ser reemplazados por personas anónimas, se institucionaliza el proceso y se cae nuevamente en la serialidad. Ya no son personas reales sino roles que pueden ser ejecutados por cualquiera o por un robot. La institución ahora es el esqueleto o el cadáver de lo que en un comienzo era un proyecto en común.

Nos encontramos ahora en un momento histórico en el que en el mundo del trabajo todos corremos el riesgo de ser reemplazados por máquinas, y en que los procesos colectivos atravesados por la serialidad nos condenan a unas dinámicas sociales desarticuladas donde reina el individualismo, la anomia y la deshumanización.

Frente a esta situación surge la necesidad de generar y fortalecer los procesos comunitarios.

Ahora ya podemos sustentar que la comunidad es el conjunto de personas, grupos, equipos, organizaciones e instituciones que se colaboran mutuamente desde un sentido del nosotros y comprometidos con un proyecto en común de humanización. Ya podemos afirmar por qué no todos los habitantes de un territorio son comunidad.

Si bien, para los sociólogos un barrio debe entenderse como: “la base de la cohesión y capital social y como el lugar de la comunidad local” (Tapia, 2015) esto no significa que los procesos comunitarios puedan darse por establecidos a priori en este territorio. El conglomerado humano que habita el territorio de un barrio se encuentra atravesado por unas dinámicas que pueden favorecer el encuentro, la comunicación y el establecimiento de procesos comunitarios, así como por dinámicas que favorecen el aislamiento y la atomización o el individualismo. Estas fuerzas o dinámicas pueden coexistir simultáneamente.

El colectivo humano de un barrio está siendo influenciado por organizaciones sociales, comunitarias, cívicas, institucionales, mediáticas y de las nuevas tecnologías, y por lo tanto es necesario reconocer las maneras como las diversas organizaciones sociales afectan los contextos interactivos para la conformación general de la vida comunitaria.

Actualmente se habla del capital social para referirse a los procesos y dinámicas adoptados por redes de reciprocidad, cooperación voluntaria y compromiso que contribuyen a la formación de la comunidad. En este contexto se menciona a “La confianza como forma de capital social que es el factor más inclusivo en lo que se refiere a la facilitación de la cooperación voluntaria”. (Ostrom 2003)

CONCLUSIONES.

Desde el punto de vista social la resiliencia socioecológica radica en la capacidad del sistema social de transformarse de ser un conglomerado amorfo y complejo a desarrollar progresivamente un proceso comunitario que tienda a la involucrar, cada vez, más amplios sectores de la población en la construcción de un sentido del nosotros comprometido con un objetivo común relacionado con el mejoramiento de sus relaciones con el ecosistema.

Se trata de la transformación de la colectividad en una comunidad.

Para ello se requiere hacer en primer lugar un mapeo completo del sistema social, sus habitantes, sus grupos, organizaciones y conexiones y adoptar un plan estratégico para llegar a construir comunidad. Se requiere tener definida la visión del proceso a construir.

Es necesario en primer lugar que los habitantes interesados en desarrollarse como ecobarrio establezcan una coordinación organizativa de base comunitaria que sea independiente de otras formas organizativas y de las instituciones para garantizar la autonomía del proceso y los oportunos externos.

Una vez establecida la forma organizativa se requiere adoptar una estrategia que parta de la identificación de las necesidades reales de los miembros y de la búsqueda de soluciones autogestionadas sobre la base de las experiencias y saberes propios de la comunidad realizando retroalimentaciones evaluando la pertinencia y efectividad de las acciones. La retroalimentación y la evaluación permanente es la clave del aprendizaje comunitario.

A partir de estas evaluaciones se recrea y proyectan las nuevas acciones.

El respeto por todas las personas de la comunidad y la valoración de sus experiencias y saberes son la clave para la construcción de la confianza y la reciprocidad necesarias para consolidar la comunidad.

El manejo ético y transparente de todas las gestiones aunado a la evaluación participativa de los procesos será la clave para la construcción de la confianza que hará de un barrio un hermoso lugar donde se construirá una nueva esperanza para el planeta.

Referencias bibliográficas.

Arango, C. (2006) Pobreza, participación y desarrollo en el Estado de Bienestar. En: Arango. Psicología Comunitaria de la Convivencia. Editorial Universidad del Valle. Cali.

Arango, C. (2018) La atención psicosocial en el escenario del posconflicto. .En: Suárez y Ocampo (2018) La psicología social en Colombia. El papel del psicólogo social en la realidad contemporánea colombiana. Colegio de psicólogos. Bogotá.

Balvanera, P., Astier, M., Gurri, F. D., & Zermeño-Hernández, I. (2017). Resiliencia, vulnerabilidad y sustentabilidad de sistemas socioecológicos en México. Revista Mexicana de Biodiversidad, 88, 141-149. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1870345317301793>

Berger, P. y Luckmann, T. 1968. La construcción social de la realidad. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Bronferbrenner, U. (1879/1987) La ecología del desarrollo humano, Barcelona. Paidós.

Buraglia, P. (1998). El barrio, desde una perspectiva socio-espacial Hacia una redefinición del concepto. Serie Ciudad y Hábitat. Universidad Nacional de Colombia No. 5 - 1998.

Bateson, G. (1972) Pasos hacia una ecología de la mente. Ediciones Lohle-Lumen, Buenos Aires.

Blumner, H. (1982): El Interaccionismo Simbólico. Ed. Hora. Barcelona.

Bronferbrenner, U. (1987): La ecología del desarrollo humano. Ed. Paidós. México.

Cooley, C.H. (1902) Human nature and social order. New York: Scribner's.

Cooper, D. (1975) La gramática del vivir. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Fernández, P. (2004): La sociedad mental. Ed. Anthropos. España.

Garfinkel, H. (1967): Studies in Ethnomethodology. Englewood Cliffs; Prentice-Hall.

Gergen, K. (2006): Construir la realidad. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Gil, J. (2012) Propuesta de codificación de nuevas divisiones administrativas. Documento DANE.

Goffman, E. (1959) La Presentación de la Persona en la Vida Cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu.

Habermas, J. (1987): Teoría de la acción comunicativa. Editorial Taurus. Buenos Aires.

Laing, R.D. (1971): Experiencia y alienación en la vida contemporánea. Ed. Paidós, Buenos Aires.

<https://www.biodiversidad.gob.mx/ecosistemas/quees.html>

Koffka, K. (1973) Principios de la psicología de la forma. Editorial Paidós, Buenos Aires.

Laing, R.D., Cooper, D.(1973) Razón y violencia Editorial Paidós, Buenos Aires, 1973

Martín-Baro,1987), Mead, G .H. (1934): Mind, Self, and society, from the standpoint of a social behaviorist. The University of Chicago. Chicago. (Buenos Aires, Paidós, 1953).

Mesa de ecobarrios Cali, (2018) Consolidado de conceptos básicos para para la mesa de ecobarrios de Cali. Documento interno de trabajo. Sin publicar.

Odum, E. P. (1971). Fundamentals of ecology, third edition. Saunders, Nueva York.

Sartre, J.P. (1963) Crítica de la razón dialéctica. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires.

Tapia, V. (2015) ¿De qué hablamos cuando hablamos de barrio? Trayectoria del concepto de barrio y apuntes para su problematización. Revista Antropologías del Sur N° 3 · 2015 Págs. 121 – 135

Vigotsky,L. (1995): Pensamiento y lenguaje. Ediciones Fausto. Buenos Aires.

Watzlawick, P. (1981) Sur l'interactions. París, Seuil, 1981.